

poner es grande, pero es justo? Chactas, mi antiguo amigo se halla ausente, pero veo á Adario; los ojos de Chactas han caído como dos estrellas de un cielo que anuncia la tempestad. He dicho.»

«Nosotros no somos amigos de los blancos; pues ha doscientas nieves que les combatimos; pero ¿acaso una injusticia justifica un asesinato? ¿Nos igualaremos al vengarnos á las carnes blancas? El iroqués es una encina que opone su dureza al hacha que pretende troncharla; pero no deja caer sus ramas sobre el que la hiere. No basta para ser libre llamarse libre; la primera piedra de la cabaña de la libertad es la virtud. He dicho.»

«El iroqués había creído que se trataba de asociarse para levantar el hacha (1): si se quiere cantar la guerra al extranjero, el iroqués se pondrá á vuestro cabeza; ¡marcharemos, volaremos! El iroqués mugre como un oso, hiende las masas de las carnes blancas, rompe las cabezas con su maza y esclama: ¡Seguidme á la fortaleza de los blancos! Lánzase al agua y hace de su cuerpo un puente como una liana para pasar sobre el río de sangre y devolver la libertad á las carnes rojas. ¡Ved aquí al iroqués! Pero el iroqués no es un huron; no chupa la sangre del pájaro que duerme. He dicho.»

El orador, al pronunciar la última parte de su discurso, imitaba á cada palabra el objeto cuya imagen tomaba. Decía: «¡Marchemos!» y marchaba; «¡Volemos!» y estendía los brazos remedando el vuelo. Mugía como un oso, golpeaba los pinos con su maza, figuraba dar un asalto y se arqueaba á manera de puente.

Numerosas aclamaciones, unas de alegría, de cólera otras estremecieron el bosque sagrado. Outougamiz gritaba: «Ved aquí al iroqués, ved á Chactas, vedme á mí, ved á René, ved á Celuta, ved á Mila!»

Onduré se mostró consternado, pues de sus abortados planes quedábale únicamente el crimen. Entonces un chicassaw tomó impetuosamente la palabra, y rompiendo el orden de la deliberación, restituyó la esperanza al tutor del Sol.

«¡Cómo! dijo el chicassaw, ¿es un iroqués el hombre á quien acabamos de oír? El pueblo que debiera sostenernos en esta guerra, nos abandona! Si esos orgullosos cipreses que tocaban con sus copas el cielo en otro tiempo, se han trocado en humildes yedras, déjense pisar por el cazador extranjero! El chicassaw, resuelto á libertar la patria, adopta el plan de los natchez.»

Estas palabras zahirieron vivamente á los iroqueses, que dieron á los chicassaws el nombre de ciervos fugitivos y de leopardos crueles. Los iroqueses replicaron denostando á los iroqueses con los dictados de pájaros parleros y lobos convertidos en perros domesticados. Dividiéndose en pareceres, todas aquellas naciones se mostraban prontas á embestirse en la punta de la roca, y á precipitarse en el lago con las tumultuosas aguas del torrente y los restos de la hoguera, cuando los sacerdotes consiguieron un momento de silencio; el gran sacerdote de los Natchez se apresuró á aprovecharlo y exclamó desde las ramas de un pino, cuyo tronco abrazaba:

«¡Por Michabou, genio de las aguas, cuyo imperio perturbais aquí, suspended vuestras funestas discordias! Ninguna de las naciones que constituyen esta asamblea, está obligada á seguir la opinión de otra; lo único que ha prometido es el secreto, y no puede descubrirlo sin perecer súbitamente. Tres pareceres dividen el Consejo: el primero rechaza el plan de los natchez; el segundo lo adopta, y el tercero se decide por la neutralidad. ¡Pues bien! siga cada pueblo la opinión que mas le plazca, pues esto no evitará que los que anhelan una venganza ejemplar

(1) Declarar la guerra.

la lleven á cabo. Cuando aquellos de nuestros hermanos que hayan permanecido en paz sobre sus esteras, vean nuestras victorias, acaso se determinarán á imitarnos.»

La sabiduría del sacerdote fue elogiada y seguido su dictamen. Entonces tuvo lugar la separación de la asamblea: los indios del Norte y del Oriente, con los iroqueses á su cabeza, se declararon opuestos al proyecto de los natchez; los pueblos del Occidente, los mejicanos, los sioux y los pannis, declararon que no vituperaban ni aprobaban el proyecto, pues querían vivir en paz; los pueblos del Mediodía y los que subiendo hacia el Norte habitaban las orillas del Meshchacebé, los chicassaws, los yazoms y los miamis entraron en la conjuración. Pero todos aquellos pueblos, á pesar de sus diferentes opiniones, habían jurado sobre las cenizas de los muertos que guardarían un secreto inviolable, y todos declararon de nuevo con esa fe india, casi nunca desmentida, que serían fieles á su juramento.

«¡Decidida está la suerte de los blancos en los Natchez!» gritó Onduré en un arranque de júbilo, al ver el número de las naciones que en la conspiración tomaban parte.

Hasta allí un rayo de esperanza había sostenido al desgraciado Outougamiz; pero cuando una tercera parte de la asamblea se hubo declarado en pro del proyecto del tutor del Sol, se creyó un hombre de quien el Criador ha retirado su vista. Adelantó ó por mejor decir, se arrastró hasta el centro de la asamblea: unos, según su posición le veían como una sombra negra que se destacaba sobre las llamas de la hoguera; otros le veían como el genio del dolor á través del movable velo de aquellas.

«¿Por qué, murmuró con una voz sorda, pero que resonaba en el inmenso silencio de la tierra y del cielo, por qué me es preciso dar muerte á mi amigo? ¡Onduré! tú me mandarás sin duda descargar el golpe del puñal. ¡Naciones! habeis sorprendido mi fe; ¡ay! ¡no era difícil sorprenderla! Simple soy, pero no sorprendereis la amistad de Outougamiz. Callará, si, porque así lo ha jurado; pero cuando esteis prontos á herir, Outougamiz, se colocará delante de René con este manitú de oro que aquí veis. Forjad un hierro bien largo, porque para llegar al corazón de mi amigo, le será preciso atravesar el mio.»

El joven calló; y fijando en el cielo los anublados ojos, parecía el ángel de la amistad que invocaba su patria. Los sachems le escuchaban meditabundos, pues vislumbraban un secreto que creían necesario conocer, é impusieron silencio al Consejo, pues los prodigios de amistad de Outougamiz escitaban la admiración de los jóvenes salvajes.

El hermano de Celuta, dirigiendo sus miradas á la asamblea, dijo: «Guerreros! ¿por qué enmudeceis? Dictadme lo que debo decir á mi hermana y á mi mujer, cuando me salgan al encuentro; lo que debo decir al mismo René. ¡Le diré: Corzo hallado por mí en la laguna de los Illineses, voy á abrirte la herida que mi mano ha cicatrizado?»

Outougamiz aplicando súbitamente sus manos al pecho, gritó: «¡Yo te arrancaré de mi seno, horroroso secreto! ¡Huesos de mis padres! en vano os levantaraís y caminaréis delante de mí; yo hablaré, si, hablaré; no seré un asesino! ¡René! escucha, ¿oyes? He aquí todo lo que ha pasado en el consejo, ¡no lo repitas! Pero René, ¿eres culpable? ¡Oh Dios! he hablado, he vendido la patria!» Outougamiz se desmayó delante de la hoguera, y si los guerreros inmediatos no le hubiesen sostenido hubiera caído en las llamas; tomáronle y le colocaron sobre el vecino ramaje.

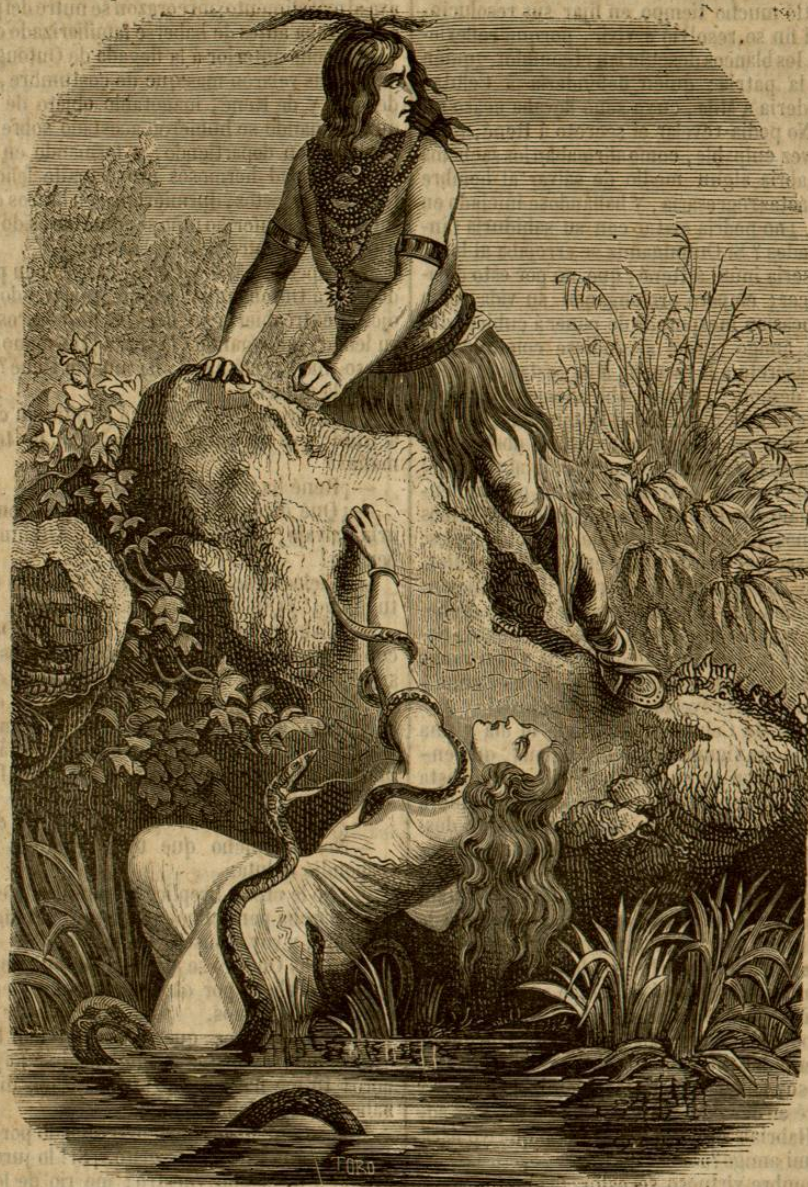
Este desmayo dió tiempo al sacerdote y á Onduré para repetir lo que habían ya dicho respecto de la locura de Outougamiz, efecto de un maleficio. De-

seosas de partir, las naciones se levantaron y quedaron olvidado el hermano de Celuta.

Las tribus que habían adoptado el plan de los Natchez recibieron del sacerdote los fúnebres haces, en cada uno de los cuales había doce cañas. La época de los grandes juegos, que duraban doce días, empezaba el décimo-octavo de la luna de las cacerías; día en que las diferentes naciones conjuradas debían quemar la primera caña, y retiradas las demás suce-

sivamente durante once noches el apurado haz anunciaria así la suspirada matanza.

Los indios empezaron á bajar el peligroso y estrecho sendero que conducía al pie de la roca. Al llegar á la orilla del lago, el naciente día iluminaba el horizonte aunque se mostraba nebuloso, pues el sol, velado en las opacas nubes de una tempestad, habiase levantado sin aurora. Los indios se reembarcaron en sus canoas, y se dirigieron á todos los puntos del ho-



ONDURÉ ARROJA A AKANSIA A UNA LAGUNA.

rizonte, y dispersada en breve la flota, se desvaneció en la inmensidad del lago. El sacerdote y Onduré fueron los últimos que abandonaron la roca del Consejo, é imitaron á Outougamiz, que había recobrado el uso de sus sentidos, á que le siguiesen; pero este que los miraba con horror, les respondió que jamás se uniría á los perversos, y ellos le dejaron sin insistir mas. ¿Qué importaba á Onduré que Outougamiz se arrojará ó no, desde lo alto de la roca? Outouga-

miz estaba ligado por un juramento que ciertamente nunca rompería; pero si en su desesperación atentaba contra su vida, el secreto de la tumba parecía mas seguro á Onduré que el secreto de la virtud.

Outougamiz quedó sentado en la punta de la roca, enfrente del lago, en el lugar donde el torrente abandonando la tierra, se precipitaba en el tenebroso abismo; la grandeza de los sentimientos que aquel colosal espectáculo inspiraba se asociaba estrecha-

mente á la grandeza de una amistad sublime y desgraciada. Las olas del lago, azotadas por el viento, mordían sus orillas cuyos despojos arrastraban; los desiertos se extendían por donde quiera en torno de aquel mar interior, vasta, imponente y profunda soledad: por donde quiera se advertía la ausencia de los hombres y la grandiosa presencia de Dios en sus obras.

Apoiado el codo en la rodilla y en la mano la cabeza, pendientes los piés hácia el abismo, teniendo á su espalda el bosque del consejo, pocos momentos antes tan animado y á la sazón tan solitario, Outougamiz invirtió mucho tiempo en fijar sus resoluciones; pero al fin se resolvió á vivir, porque reflexionaba que si los blancos descubrieran el complot, ¿quién defendería la patria; quién defendería á Celuta, quién defendería á Mila, cuyo seno llevaba acaso un hijo suyo? No podía revelar el secreto á René, pues este era tal vez culpable, como afirmaban los sachems; pero no habría algún medio de salvar al hombre blanco? Chactas regresaría, y hallándose iniciado en el misterio, ¿no podría evitar con su sabiduría tantas calamidades? Si Outougamiz se arrojaba al lago, su muerte sería inútil á René, que no por esto dejaría de perecer; ¿pero prolongando su vida podía hallar una ocasión inesperada de poner á cubierto los días de su amigo. ¡Ah! si pudiese comunicar el abrumador secreto á la resuelta Mila, esta lo arreglaría todo sin demora! ¿Quién sabe además si la inocencia de René será justificada? Entonces, ¿qué felicidad! ¿cómo se allanarían todos los obstáculos! ¿cómo se pasaría desde la desesperación al regocijo!

Después de haberse entregado á estos pensamientos, Outougamiz se levantó, exclamando: «Vivamos y no dejemos á Celuta el peso de todos los males; ¡no descansemos cobardemente en la tumba! ¡Adios, bosque de la sangre! adios, roca de maldición: ¡ojalá Athaénsia te elija por su altar!» Esto dicho, Outougamiz se precipitó por el angosto sendero, dejando la hoguera del consejo convertida ya en vanas cenizas; triste y cumplida imagen de lo que vienen á ser los quiméricos proyectos de los hombres!

El hermano de Celuta caminó todo el día y una parte de la noche siguiente; algunos sioux, que encontró, le llevaron en su canoa de río en río hasta el país de los Illineses, quienes, temiendo una nueva invasión de los natchez, se habían retirado á docientas leguas mas arriba, hácia el Occidente. Outougamiz, siguiendo su camino por tierra, atravesó los campos testigos de los prodigios de su amistad. La estaca en que René estuvo próximo á ser quemado se hallaba aun en pié, y Outougamiz abrazó aquel monumento sagrado. Bajando luego á las lagunas, visitó la raíz en que había tenido á su amigo en sus brazos, halló las cañas secas con que se cubría durante la noche, y recogió algunas plumas de las aves con que le había sustentado, diciendo: «¡Hermosas plumas! si algún día soy feliz, os ensartaré con hilos de oro y os colocaré en derredor de mi frente en los días solemnes. ¿Habráis creído no há mucho que yo daría muerte á mi amigo?»

Aquel hombre virtuoso se esforzaba en tomar en sus dulces recuerdos nuevas fuerzas para que estas igualasen los peligros de René; confortábase, por decirlo así, en sus pasados infortunios para endurecerse contra el infortunio presente; escitábase á la amistad por medio de su propio ejemplo, mientras se acusaba sencillamente de haberse cambiado y jurado la muerte de René.

Siguiendo así las huellas de su amistad, el indio llegó á los Natchez, donde empezaron unos dolores que no debían tener término. ¿Había vuelto René? ¿Cómo arrostrar su primera entrevista? ¿Qué decir á las dos aflijidas mujeres?

René no se hallaba aun en los Natchez. Solo On-

duré y el sacerdote habían llegado dos auroras antes que el desventurado Outougamiz. Los días de Celuta y Mila habían trascurrido en el mas profundo retiro. A consecuencia de la costumbre de sufrir y de la longitud del tiempo, la esposa de René había caído en una profunda melancolía; la melancolía es la tregua del dolor; es una especie de intermitencia de la fiebre del alma, que conduce á la curación ó á la muerte. Solo ya los ojos sonreían en Celuta; sus labios no podían sonreír.

«Creo hallarte un poco tranquila,» le dijo Mila. «¡Sí! le replicó su hermana; me he acostumbrado ya al mal alimento; mi corazón se nutre del pesar, que rechazaba antes de haberse familiarizado con él.»

La noche anterior á la llegada de Outougamiz, las dos indias velaron mas que de costumbre, hablando de este y de René, inagotable objeto de sus coloquios. Cuando se hubieron acostado sobre la estera, continuaron departiendo, y formando en medio de su adversidad hermosos proyectos de felicidad; arrulladas por estos, durmieron en brazos de la esperanza; así el enfermo niño se aduerme asido al juguete que se le ha entregado en la cuna.

Al despertar, Mila y Celuta hallaron en pié delante de ellas á Outougamiz, pálido, demacrado, fijos sus ojos y entreabierta su boca. Saltaron presurosas de su lecho; exclamando á la vez: «¡Hermano mio! ¡Esposo mio! ¿Qué hay? ¿ha muerto René? ¿te amenaza la muerte?»

«¡No hay remedio! replicó el indio sin cambiar de actitud; ¡ya no tengo esposa! ¡ya no tengo hermana!»

«¡René ha muerto! gritó Celuta. ¿Qué dices? repuso Outougamiz con una alegría salvaje, ¿René ha muerto? ¡Kitchimanitú sea bendito!

«¡Cielos! exclamó Celuta; ¿deseas la muerte de tu amigo! ¿Qué desgracia le amenaza?

«¡Todos estamos perdidos! murmuró Outougamiz con sombrío acento; y desasiéndose de los brazos de su esposa y de su hermana, lanzóse fuera de la cabaña; Mila y Celuta le siguieron poseídas de espanto.

En esto, se les presentó inesperadamente Onduré y les preguntó alarmado: «¿Habeis visto á Outougamiz?» «¡Sí! respondieron á la par; está fuera de sí y corremos tras él.»

«¿Qué os ha dicho? continuó el tutor del Sol. Nos ha dicho que todos estamos perdidos, respondió Celuta.

«¡No le creais! replicó tranquilizado el caudillo; todo marcha perfectamente; pero Outougamiz está enfermo, y voy á buscar á Adario.

Mientras Onduré se alejaba, Outougamiz se acercaba á la cabaña por otro sendero, con lento paso y cruzados los brazos.

Las dos mujeres, que se adelantaban hácia él, le oyeron hablar consigo mismo y decirse: «¡Manitú de oro! tú me has privado de la razón; dime, pues, ahora lo que debo hacer.»

Mila y Celuta asieron al desgraciado por el vestido. «¿Qué me exigís? les gritó. ¡Sí! lo juro: amaré á René á despecho vuestro; me río de los gusanos del sepulcro que devoran mis carnes. Heriré sin duda á mi amigo, pero besaré su herida, chuparé su sangre, y cuando haya espirado me ataré á su cadáver hasta que su corrupción se haya inoculado en sus huesos.»

Las dos indias consternadas abrazaron las rodillas de Outougamiz, que las reconoció. «¡Somos nosotros! dijo Mila; ¡habla!» Outougamiz la aplicó la mano á la boca, diciéndole: «¿Qué palabras has pronunciado? Ya no se habla, á no hablar como un sepulcro; todo procede ahora de los muertos. ¡Hay un secreto!»

«Un secreto, repitió con viveza Mila; ¡un secreto

para tus amigos! ¿De qué se trata? ¿de nuestra vida, ó de la de René?»

Entonces Outougamiz; «¡Arráncame el corazón!» dijo á Mila, presentándole su pecho, á que ella aplicó sus labios de fuego.

«¡No desgarras mis entrañas! dijo Celuta; habla, habla, mi querido hermano, y ven á descansar á nuestro lado en tu cabaña.»

Una voz de trueno interrumpió tan angustiosa escena; la voz formidable decía: «¿Has hablado? ¿La tierra se ha estremecido á tus piés?»

«¡No! no he hablado, replicó Outougamiz volviéndose hácia Adario, que acompañaba á Onduré; pero no imagineis hallar ya en mí el dócil Outougamiz; ¡hombre de hierro! vé á ostentar tu bárbara virtud entre los osos del Labrador; ¡bebe con deleite la sangre de tus hijos! ¡Yo beberé tan solo la que á viva fuerza hagais entrar en mi boca; pero os arrojaré al rostro una parte de ella, y os cubriré de una mancha que la muerte misma no será poderosa á borrar!»

Adario quedó aterrado. «¿Qué me echas en cara? ¿dijo al fin á su sobrino. Mis hijos... ¡Bárbaro, cien veces mas bárbaro que yo!»

No era menester tanto para disipar el resentimiento de Outougamiz, que dijo al anciano: «Perdona; ¡sí! he sido cruel; y sin embargo, Outougamiz no lo es! Indigno soy de tu amistad, pero déjame la mía; déjame morir, y cuando ya no exista consuela á estas dos mujeres. Te lo advierto: sucumbiré, pero hablaré, pues no tengo la fuerza para llegar á tal estrechidad.»

«¡Consolarnos! dijo Celuta; ¿la misión de este hombre es dar consuelos? Hasta aquí he callado y escuchado; pero adivino ya que se trata de la muerte de René. Outougamiz! consuma tu obra: ¡deguella al hombre librado por tí! Su voz, pronta á enmudecer para siempre, te dará aun gracias por lo que en su defensa has hecho; buscará tu ensangrentada mano para acercarla á sus labios; sus ojos no te verán ya, pero te seguirán aun, y se dirigirán hácia tí con su espirante corazón.

«¿Lo oyes, Adario? ¡Resiste si puedes! le dijo Outougamiz.

Este abrazó á Celuta, y en medio de la mas tierna efusión se sintió inclinado á ahogarla.

«¡Mujeres! gritó Adario, ¡retiraos con vuestras importunas lágrimas!»

«¡Si, si! respondió Mila; toma un acento amenazador; pero sabe que salvaremos á René, á despecho tuyo y despecho de la patria; es preciso que esta perezca por mi mano; ¡yo incendiaré las cabañas!

«¡Vil ikouessen! (1) gritó iracundo el anciano; si alguna vez te atreves á presentarte á mí con tu lengua maldita, no te librarás de mi cólera!»

«¡Me llamas ikouessen! le replicó Mila con desprecio; ¿de quién? ¿de mi libertador? Dices bien: yo no sería lo que soy si no hubiese dormido sobre sus rodillas.

«¡Huye de estas mujeres! dijo el viejo á su sobrino; no es este el momento de llorar y gemir. Ven á reunirte con los sachems, que nos esperan. Outougamiz se dejó llevar por Adario y Onduré.

Mila y Celuta, que vieron frustrados sus primeros esfuerzos, escogitaron nuevos medios para descubrir el secreto de Outougamiz, cuyas enigmáticas palabras les habían anunciado la existencia de un secreto, y en el dolor que le estraviaba adivinaron que este secreto envolvía la suerte de René. Impulsadas por esta idea, suspendieron sus lamentos con toda la energía del amor fraternal y del amor conyugal; y accediendo á separarse, cada una fué á vagar á la entrada de las cavernas en que se reunía el con-

(1) Cortesana.

sejo, prometiéndose sorprender algunas palabras que les diesen luz sobre su destino.

Aquella misma noche Celuta se trasladó á la Gruta de las Rocas, y Mila á la caverna de las Reliquias.

Al acercarse á esta, el recuerdo de los instantes pasados en aquellos mismos lugares, se presentó vivamente en el corazón de Mila. Los sachems no estaban en la caverna; Mila nada oyó, porque la muerte no revela su secreto. Celuta no había sido mas feliz; las dos hermanas volvieron á su cabaña no iniciadas en lo que anhelaban saber, pero tampoco desalentadas, pues se proponían continuar sus investigadoras escursiones.

Outougamiz no se dejó ver durante muchos días, porque Adario le había llevado al subterráneo donde se reunían los caudillos de los conjurados, y donde estos se esforzaban, valiéndose de las mas patéticas pinturas de la patria oprimida, de las mentiras mas groseras contra René y de toda la autoridad del gran sacerdote, en luchar con la fuerza de la amistad. Cuando el hermano de Celuta quiso salir, los guardias del Sol recibieron orden de seguirle á lo lejos, lo que también hicieron algunos sachems y Adario.

Dirigióse á la cabaña de René, de la que Celuta estaba ausente; Mila, que solitaria esperaba su regreso, al ver entrar á Outougamiz le sonrió con un aire de ternura y de grata sorpresa. Mila era encantadora: hubiérase pasado toda la existencia viéndola sonreír. «Creía, dijo á su esposo, que me habías abandonado. ¿Adónde has ido, que no he vuelto á verte desde el día en que regresaste del desierto?» Esto diciendo, hizo una seña á Outougamiz para que se sentara en la estera; él le dijo que había permanecido entre los sachems; y poseído de una melancólica alegría al oír á Mila hablarle con tanta dulzura, sentóse á su lado.

Mila tendió sus brazos en derredor del cuello de su marido y le dijo: «Tu eres desgraciado y yo soy también desgraciada. ¿Por qué, después de ausencia tan larga, no te has dado mas prisa en venir á consolarme? Tu has perdido la razón, y yo conservo apenas la mía. Retirémonos á los bosques; yo seré tu guía; caminarás apoyado en mí, como el ciego conducido por otro ciego. Acercaré los frutos á tu boca, enjugaré tus lágrimas, prepararé tu lecho; reclinará tu cabeza sobre mis rodillas cuando la sientas cansada; gritos me revelarás el secreto. René vendrá á buscarnos y llorará con nosotros.»

«¡Oh! que no lllore, replicó Outougamiz, porque si llora hablaré. Quiero me prometa que no me amará porque solo así guardaré mi juramento. Si dice que me ama, le daré muerte, porque entonces haría traición á mi país.

Mila se fisonjeó creyendo iba á descubrir algo; pero todas sus gracias y atractivos fueron inútiles. Sus caricias, una sola de las cuales hubiera bastado á tantos hombres para hacerles vender el destino del mundo, se estrellaron impotentes en la gravedad del dolor y en la fe del juramento. Mila halló en su marido una resistencia inesperada, pues ignoraba hasta qué punto era Outougamiz entusiasta de su patria; cuánto imperio ejercía en su ánimo la religión y cuánta fuerza añadía á su virtuosa resistencia la idea de que René era culpable, y que este blanco podría divulgar entre los demás el secreto, si le era revelado. Celuta, que se parecía mucho á su hermano y que le conocía mas á fondo, desconfió desde el primer momento de hacerle decir lo que él creía debía callar, y le admiraba vertiendo amargas lágrimas.

Aproximábase el otoño; estación melancólica en que el ave de paso que huye, el verdor que se marchita, la hoja que se desprende, el calor que se estingue, el día que se acorta, la noche que se alarga, y el hielo que llega al fin á coronar esta dilatada noche, simbolizan fielmente el precario destino del

hombre. Los grandes juegos debían ser proclamados en breve: ¡acercábase el día del estérmino! Celuta, que no recibía noticia alguna de René, y que ignoraba si debía temer ó desear su vuelta, vió entrar cierta mañana al religioso de una misión remota. No era un sacerdote de tanta ciencia como el padre Souel, ni de un celo que le hiciese desear el martirio; pero sí un hombre caritativo y afable, que nunca se mezclaba en lo que no le incumbía, y que solo procuraba convertir las almas al Señor por medio del ejemplo de una conducta morigerada. Llevaba el hábito y la barba de un capuchino sin orgullo y sin humildad, pues le parecía muy natural que su orden conservase los antiguos usos y hábitos, como se lo hubiera también parecido que aquellos y estos hubiesen cambiado.

Celuta salió al encuentro del misionero y le dijo: «Jefe de la oración, mucho me honras viniendo á mi cabaña; pero su dueño no está aquí, y temo que una mujer no te reciba tan bien como mereces.» El fraile le respondió, inclinándose: «Yo no te hubiera importunado con mi visita, si el capitán d'Artaquette no me hubiese mandado traerte una carta de tu marido.»

Celuta se ruborizó de esperanza y de temor, y tomando la carta que el misionero le presentaba la estrechó sobre su corazón.

Mila, que estaba con su hermana en la cabaña, y que tenía en sus rodillas á la tierna Amelia, no quiso que se tomase tiempo para dar algún alimento al capuchino, pues estaba impaciente por oír la explicación del collar. Mas hospitalaria Celuta, preparó una frugal comida.

Mientras se ocupaba de esto, el religioso, viendo la hija de René en brazos de Mila, la bendijo y preguntó si aquella niña era cristiana. La niña no dió señal alguna de asustarse, y sonreía al anciano solitario, que preguntado por las dos hermanas, hizo con lágrimas de ternura el elogio del capitán d'Artaquette y del valiente granadero Santiago. Celuta supo con dolor que su hermano blanco, destacado en un punto distante, estaba enfermo hacia muchos meses.

Mila dijo al misionero: «Jefe de las barbas, ¿nunca has sido rechazado de las cabañas?—Mi báculo, me respondió el fraile, queda siempre detrás de la puerta.» Celuta sirvió la comida. Hecho esto, sacó de su pecho la carta y pidió al misionero se la tradujese.

¡Contradicción inexplicable del corazón humano! Aquella mujer que el día anterior se alarmaba viendo el largo silencio de su familia, casi deseaba en aquel momento la continuación del silencio. ¿Qué contenía la carta? ¿Anunciaba el pronto regreso de René? ¿arrojaba alguna luz sobre el secreto de Outougamiz? ¿disiparía ó corroboraría las sospechas que contra René se habían despertado? Sentada delante del misionero, las dos hermanas, fijos sus ojos en los labios de este, escuchaban las palabras aun no preferidas. El fraile abrió la carta, tomó su barba con la mano izquierda, levantó con la derecha el papel á la altura de sus ojos, y recorrió en silencio la primera página; á medida que adelantaba en su lectura, se veía pintarse el asombro en su semblante. Celuta estaba como el prisionero de guerra sentado en el trípode antes de ser entregado á las llamas. Mila, perdiendo al fin la paciencia, exclamó: «Espícanos ese collar; ¿caso no lo entiendes? El fraile tradujo en natche lo que sigue:

CARTA DE RENÉ Á CELUTA.

«EN EL DESIERTO, EN LA TRIGÉSIMASEGUNDA NIEVE DE MI NACIMIENTO.»

«Me proponía esperarte en los Natchez, pero me

he visto precisado á marchar súbitamente, obedeciendo una orden de los sachems. Ignoro cual será el resultado de mi viaje, pero es posible que no vuelva á verte. He debido parecerme tan extravagante, que sentiría mucho abandonar la existencia sin justificarme á tus ojos.

«A mi regreso de Nueva-Orleans he recibido de Europa una carta que me hizo saber el cumplimiento de mis destinos: he contado mi historia á Chactas y al padre Souel, porque solo debían conocerla la sabiduría y la religión.

«He sido blanco de un gran infortunio desde mi primera juventud; infortunio que me ha hecho tal como me has visto. He sido amado, amado en demasía: el ángel que me rodeó con su misteriosa ternura cerró para siempre sin agotarlos, los manantiales de mi existencia. Todo amor me inspiraba aversión, porque tenía á la vista un modelo inimitable de mujer; y devorado interiormente por las pasiones, he permanecido, por un contraste indefinible, helado bajo la mano del infortunio.

«¡Celuta! hay existencias tan combatidas, que parece acusan á la Providencia, y pueden mirar como una locura el deseo de ser. Desde el principio de mi vida no he cesado de alimentar pesadumbres, cuyo germen llevaba dentro de mí mismo como el árbol encierra la semilla de su fruto. Un veneno desconocido se mezclaba á todos mis sentimientos, y me acriminaba esas alegrías hijas de la juventud y tan fugitivas como ella.

«¿Qué hago ahora en el mundo y qué hacia antes? hallábame siempre solo, en los mismos momentos que la víctima palpitaba aun al pié del altar. Esta víctima no existe ya, pero el sepulcro nada me ha robado; no es mas inexorable para mí que lo fue el santuario. Siento, no obstante, que cierta cosa necesaria á mi existencia, ha desaparecido ya. Cuando debiera regocijarme por una pérdida que emancipara dos almas, lloro; pido, como si me hubiese sido arrebatado, lo que jamás tornaré á hallar; deseo morir; y en la otra vida, la separación que me mata no dejará de continuar mientras dure la eternidad.

«¡La eternidad! Tal vez en mi poder de amar he comprendido esta incomprensible palabra. El cielo ha sabido y sabe todavía en el momento que mi trémula mano traza estas líneas, lo que yo podía ser: los hombres no me han conocido.

«Escribo sentado bajo el árbol del desierto, á la margen de un río sin nombre, en el valle donde crecen los mismos bosques que la cubrieron en el día de la Creación. Supongo, Celuta, que el corazón de René se abre ahora á tus ojos; ¿ves el mundo extraordinario que encierra? De este corazón salen llamas que no tienen pábulo; pero que devorarían el universo sin ser satisfechas, y que te devorarían. ¡Huye de mí virtuosa mujer! retrocede á la vista de este abismo! ¡déjalo en mi seno! ¡Padre Omnipotente! Tú me has llamado á la soledad, y me has dicho: «¡René! ¡René! ¿qué has hecho de tu hermana? «¿Soy Cain?»

CONTINUADA AL AMANECER.

«¡Qué noche he pasado! ¡Criador! te doy gracias; ¡tengo todavía fuerzas, pues vuelvo á ver la luz que formaste! Sin antorcha que alumbrase mi carrera, vagaba en las tinieblas; mis pasos, cual si estuviesen dotados de inteligencia, se asustaban de unos senderos entre lianas y malezas. Yo buscaba lo que me huye, estrechaba el tronco de las encinas, porque mis manos necesitaban asir algo. He creído en mi delirio sentir una corteza árida palpar sobre mi corazón: un grado mas de calor, y hubiera animado los seres insensibles. Con el seno desnudo y lacerado, y humedecidos mis cabellos en el vapor de la noche, creía ver á una mujer que arrojándose á mis brazos

me decía: «¡Ven á cambiar tu fuego con el mío, y á morir! ¡mezclemos los deleites con la muerte! ¡La bóveda celeste nos oculte al desplomarse sobre nosotros!»

«¡Celuta! me juzgarás un insensato; pero solo he cometido una falta contigo; ¡la de haberte unido á mi suerte! Harto sabes cuanto me resistí á ello, y á qué sacrificio de amistad he creído debía el sacrificio de mi independencia, que á lo menos solo á mí era funesta. Una gran desventura me ha privado de la alegría de ser amado por tí y de la felicidad de ser padre, pues he visto con una especie de espanto que mi vida se prolongaría mas allá de mí. La sangre que hizo latir mi dolorido corazón animará el de mi hija; te habré trasmitido, ¡infeliz Amelia! mi tristeza y mis desdichas. Llamado ya por la tierra, ¡no protegeré tus infantiles días! ¡no veré mas tarde desenvolverse en tí la dulce imagen de tu madre, unida á los encantos de mi hermana y á todas las gracias de la juventud! No me echés de menos, que en la edad de las pasiones, te hubiera sido un mal guía.

«¡Celuta! te recomiendo particularmente á Amelia: ¡mi nombre es un nombre fatal! No la instruyas en ningún arte de Europa; ocúltale el exceso de tu cariño, pues es perjudicial acostumbrarse á ser muy amado. Nunca le hables de mí, porque nada me debe, puesto que no deseaba darle la vida.

«Sea para ella René un hombre desconocido, cuyo extraño destino, cuando le sea contado, la haga meditar sin que adivine la causa; no quiero ser á sus ojos sino lo que realmente soy: un ensueño fatigoso.

«Celuta, hay en mi cabaña algunos papeles escritos de mi mano: son la historia de mi corazón, historia que á nadie sirve y que nadie comprendería; ¡destruye esas quimeras!

«Vuelve al techo fraternal; quema el que yo he construido y siembra plantas entre sus cenizas; devuelve al bosque la herencia que he usurpado. Borra el sendero que sube desde el río á la puerta de mi vivienda; no quiero que sobre la tierra subsista vestigio alguno de mis pasos. No obstante, he escrito un nombre en la corteza de un árbol, en la profundidad del bosque: imposible sería hallarlo; ¡crezca ese nombre con la desconocida encina que lo lleva! El cazador indio huirá al ver aquellos caracteres grabados por un mal genio.

«Da mis armas á mi querido Outougamiz: quiero que este hombre sublime haga en memoria mía el último esfuerzo; ¡este esfuerzo es conservarse y vivir! Chactas me seguirá, sino me ha precedido ya.

«Por último, Celuta, si dejo de existir, puedes buscar despues de mi muerte la union de un alma mas igual que la mia. No creas, sin embargo, que recibirás impunemente las caricias de otro hombre; no creas que unos débiles abrazos puedan borrar de tu alma los de René. Te he tenido en mi pecho en medio del desierto y en los vientos de la tempestad, cuando despues de haberte llevado á la opuesta orilla de un torrente, hubiera querido clavarte un puñal para fijar la felicidad en tu seno y para castigarme despues por haberte dado esta horrible felicidad. ¡Tú, Ser Supremo, manantial inagotable de amor y de hermosura, tú me creaste tal cual soy, y solo tú puedes comprenderme! ¡Oh! ¿por qué no me he arrojado á las cataratas, en medio de las espumosas olas? Así hubiera vuelto con toda mi energía al seno de la naturaleza. Sí, Celuta! si me pierdes quedarás viuda; mas, ¿quién podrá rodearte de esta llama que arde dentro de mí, aun sin amar? Estas soledades que yo abrazaba, te parecerían heladas al lado de otro esposo. ¿Qué hallarías en los bosques y en las frondosidades! Huyeron para tí las ilusiones, la embriaguez y el delirio, yo te he robado todo al darte todo, ó por mejor decir, no dándote cosa alguna, porque habia en el fondo de mi alma una llaga incu-

rable. No creas, Celuta, que una mujer á quien se hacen tan crueles confesiones, por la cual se han formado deseos tan odiosos como los míos, no creas que esa mujer olvide jamás al hombre que le profesó este amor ó este odio extraordinarios.

«Me hastio de la vida, pues el tedio me ha devorado siempre; lo que interesa á los demás hombres es indiferente para mí. Pastor ó monarca, ¿qué hubiera hecho de mi cayado ó de mi corona? Me hubieran sido igualmente insoportables la gloria y el genio, el trabajo y el ocio, la prosperidad y el infortunio. En Europa y en América me han cansado la sociedad y la naturaleza. Soy virtuoso sin placer, y si fuese criminal lo sería sin remordimientos. Quisiera no haber nacido ó ser olvidado para siempre.

«Ya sea esto una despedida, ya deba tornar á verte, Celuta, cierto presentimiento me dice que mi destino va á cumplirse, y que cuanto mas tarde en llevarse mas funesto será: René no puede retroceder sino hácia el infortunio. Mira, pues, esta carta como un testamento.»

La lectura habia terminado sin que Celuta levantase la cabeza, inclinada sobre el pecho; toda la sagacidad de Mila no habia bastado para explicar la carta, y toda la religión del misionero no habia podido penetrar su sentido; pero el corazón de una esposa la comprendió mejor, porque nada es tan inteligente como el amor desgraciado. Celuta veía que no era amada, que ni aun un vínculo paternal la habia identificado con René; que en el alma de este hombre reinaban la agitación y casi los remordimientos, y que se arrepentía de una desgracia como se hubiera arrepentido de un crimen.

Celuta levantó con lentitud su abatida frente, y dijo: «Mi esposo es aun mas desgraciado de lo que yo imaginaba; un mal espíritu le ha perseguido, y por esta razón yo debo ser su buen genio.» El religioso entregó la carta á la india, diciéndole: «Nuestra herencia son los sufrimientos; la nueva alianza que Jesucristo ha hecho con los hombres es una alianza de dolor, pues la selló con su sangre; voy á orar por tí.»

El misionero se arrodilló, y enlazadas las manos repitió en natche la oración Dominical; la calma de esta oración fue una especie de bálsamo derramado sobre una llaga viva. Cuando el sacerdote cristiano pronunció estas palabras: *libranos, Señor, de todo mal*, las dos mujeres sollozaron de ternura. Entonces el religioso, levantándose con trabajo, echó su capucha sobre la cana cabeza, atravesó la cabaña con paso lento, tomó su báculo á la puerta, y se dirigió con toda la prisa que su vejez le permitía á consolar otras adversidades.

Mila, que habia tenido hasta allí la inocente Amelia, la entregó á Celuta, que la recibió cubriéndola de besos y vertiendo copiosas lágrimas. Mila, que adivinaba á su hermana, le dijo: «Tú la amarás por mí, pues eres su madre; yo la amaré por su padre.»

Pero Mila se sentía tambien un poco desalentada. ¿Quién pensaba habia podido amar demasiado á René? Y aun cuando se libraba de la muerte al guerrero blanco, ¿qué se ganaba con esto, toda vez que no queria vivir? Mila no se detuvo mucho tiempo en estas reflexiones, y dejándose llevar de su carácter, dijo:

«Basta ya de llorar por un collar oscuro, mal interpretado, y que ni tú, ni yo, ni el padre de las barbas comprendemos. El peligro está á la puerta de nuestra cabaña; ¿por qué, pues, mezclar, á los pesares verdaderos otros pesares quiméricos? Entre la realidad del mal y los delirios de nuestro corazón, no sabríamos á donde volver la vista. Ocuémonos ahora del presente, que en otra ocasión pensaremos en el porvenir. Descubramos el secreto, salvemos á René, y cuando le hayamos salvado, preciso le será explicarse.»